

¿TOPOLOGÍA DEL FANTASMA?¹

Juan Manuel Uribe Cano²
Filósofo

Resumen

Topología del fantasma es un reto, una apuesta donde se intentará poner en el horizonte explicativo, haciendo un uso aproximativo a la topología, el funcionamiento del fantasma en la clínica y la constitución del mismo. Para ello dividiremos el trabajo en tres partes: primera, la constitución del fantasma; segunda, el fantasma y sus elementos: una topología; y tercero, el fantasma en la clínica.

Palabras clave: topología, fantasma, clínica psicoanalítica.

¿TOPOLOGY OF THE GHOST?

Abstract

Topology of the ghost is a challenge, a bet to put the role of the ghost in the clinic and its setting-up on the explanatory horizon getting close to topology. To this, we will divide the work into three parts: First, building the ghost;

second, the ghost and its elements: a topology; and third, the ghost in the clinic.

Key words: topology, ghost, psychoanalytical clinic.

¿LA TOPOLOGIE DU FANTÔME?

Résumé

La topologie du fantôme est un défi, un pari où on essaiera de mettre sur l'horizon explicatif le fonctionnement du fantôme dans la clinique et la constitution du même; tout ceci en faisant un usage approximatif à la topologie. Pour cela nous diviserons le travail en trois parties: la constitution du fantôme; le fantôme; les éléments du fantôme: une topologie; et finalement, le fantôme dans la clinique.

Mots-clés: topologie, fantôme, clinique psychanalytique.

Recibido: 03/10/08 Evaluado: 07/11/08

Aprobado: 15/11/08

¹ Conferencia dictada en el Seminario Internacional *La Topología en la Clínica Psicoanalítica*, organizado por el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia (Colombia) en la ciudad de Medellín, en el año 2008.

² Filósofo. Psicoanalista. Docente del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia (Colombia). Miembro de la Asociación de Foros del Campo Lacaniano.

A mi amigo, Humberto Acosta, con quien inicie esta suerte y aun continúa.

Introducción

Quizás sea un verdadero reto o quizás equívoco iniciar una conferencia con una pregunta. Se espera respuesta de parte de oyente o lectores y es apenas legítimo, sin embargo, hay dos naturalezas de la pregunta. Hay preguntas que se lanzan para ser respondidas, y es el mismo que pregunta quien tiene un as que se esgrime para solucionarla, esa respuesta satisface a la mayoría y se convierte simplemente en la fórmula, en el lugar común a donde recurrir cada vez que se encuentre la misma o parecida pregunta; como también hay preguntas que se hacen para ser respondidas en términos de la inmediatez. Empero, hay otras preguntas que no son para ser respondidas en ésta, que no son hechas para convertirse en fórmula, en estafeta de facilismos y ases de aquellos que están como convidados de piedra; preguntas que hechas no tienen más sentido que el de ponerse en el horizonte de la reflexión íntima exigiendo una apuesta por su ex-posición respecto a los otros.

¿Topología del fantasma? Es una de esas preguntas que no se puede responder con un as o una fórmula inmediata; es decir, que no encuentra de manera rápida y evidente una solución, a pesar que el fantasma hace presencia desde los orígenes mismos del psicoanálisis y ha sido tratado en múltiples direcciones y acepciones hasta llegar al matema que Lacan nos propone y donde alcanza su máximo desarrollo.

De otro lado, hablar de topología en el campo del psicoanálisis tiene el sentido de novedad, a pesar de la temprana presencia de ella en la obra de Lacan. El capítulo de la topología, central en sí mismo, aparece para algunos como una amenaza a la dogmática sapiencial.

Topología del fantasma es un reto, una apuesta donde se intentará poner en el horizonte explicativo, haciendo un uso aproximativo a la topología, el funcionamiento del fantasma en la clínica y la constitución del mismo. Para ello dividiremos el trabajo en tres partes: primera, la constitución del fantasma, segunda, el fantasma y sus elementos: una topología, y tercero, el fantasma en la clínica.

1. La constitución del fantasma

Existe un curioso olvido al estudiar los textos de Freud, por lo menos en nuestra parroquia, específicamente aquellos que están entre 1905 y 1909, excluyendo naturalmente los *Tres ensayos de teoría sexual* y *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna*. Este olvido, que incluso recae sobre la *Psicopatología de la vida cotidiana*, texto sorprendentemente fructífero y esclarecedor, incluye a su vez un texto de 1908: *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, en donde se podría zanjar la discusión en torno a si Freud habló o no del fantasma, o si se refería a fantasías inconscientes, discusión que los kleinianos y otros retomaron y resolvieron, según su entender, y que otros relegan dejando a Lacan la originalidad del fantasma en el psicoanálisis.

Ahora bien, si hundimos nuestra mirada en el par de textos señalados, *Psicopatología de la vida cotidiana* y *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, nos encontramos con la sorpresa de que Freud ya nos entregaba la noción de fantasma operando en las estructuras psíquicas y marcando su funcionalidad en cada una de ellas; así nos dice en *Psicopatología de la vida cotidiana*:

[...] los fantasmas de los histéricos acerca de unos maltratos sexuales y crueles, que el análisis tiene que hacer conscientes, coinciden a veces hasta los detalles con las quejas de los que padecen de paranoia alucinatoria. Y, esto es notable, pero no ininteligible, que idéntico contenido nos salga al paso también como realidad objetiva en las escenificaciones que efectúan los perversos para satisfacer sus concupiscencias (Freud, 1901, p. 916).

Histeria, paranoia y perversión se presentan aquí de una manera novedosa, pues el fantasma, el mismo fantasma, cruza a una y otras, pudiéndose sostener por lo menos dos cosas: a) evidentemente hay una diferencia entre estructuras en la manera cómo opera el fantasma en cada una de ellas y, b) que el fantasma encuentra un lugar fundacional y funcional en la vida del hombre adulto.

Ahora, que el fantasma sea fundacional y que como tal este a la base del psiquismo es algo que podría resultar problemático, pues el propio Freud nos hablaba de la existencia de proto fantasmas: esto es, un fantasma original y fundacional que está a la base del fantasma funcional descubierto en sus histéricas; e incluirá en 1920, en *Tres ensayos de teoría sexual*, en una nota al pie de página a dos de éstos proto fantasmas: la novela familiar y el fantasma, proto, de la vida intrauterina. Estos son nombrados por

Freud como aquello que es más universal y constantemente presente, como aquello que siendo fundacional no es “posible de saber”, aunque precisamente sean estos los que creen, produzcan los fantasmas en sentido particular y singular en cada individuo.

Dejamos, a nuestro entender, el problema de lo universal y de lo particular esclarecido: los proto fantasmas son universales, mientras que el fantasma devenido de él, es particular e individual. Evidentemente, estos protos y fantasmas están íntimamente ligados, empero, si de los primeros no es posibles saber ni en el trabajo de análisis, se amarran a todo aquello que Freud llamará original o primario: la represión, y con esta a la pulsión en su resto no representable ni representada. En otro sentido, Freud coloca en el núcleo, en el ombligo mismo del aparato, a estos proto fantasmas, y hará del fantasma, propiamente hablando, el tesoro, la valía y lo más íntimo de un individuo, al punto que éste se lía al placer, como nos lo recuerda en 1907 en su trabajo titulado: *El poeta y su fantasma*.

Así el fantasma remite a la singularidad del individuo y éste hace uso de él en tanto vehiculiza “algo” de lo imaginario, de la omnipotencia y la inmortalidad del yo conduciéndolo a la rivalidad con el próximo. En términos narcisísticos-imaginarios la agresividad encuentra lugar, y con ella el fantasma en su constitución narcisística hace presente la pulsión sado-masquista.

Pensar los elementos que constituyen este momento narcisístico-imaginario, sentimiento de grandeza y pulsión sado masquista, esclarece su función de intentar mantener a distancia la castración y su amenaza aunque, precisamente, en ese intento las constata.

Si el fantasma intenta alejar u olvidar la castración es porque ésta, en última instancia, es quien le garantiza, atestiguando a la par la existencia, subsistencia y eternización del deseo que retorna como síntoma en forma de una condensación que salvaguarda de ser el “miserero resto” de la operación castratoria.

Con ello, en la constitución del fantasma encontramos, además de lo imaginario narcisístico, a la castración y consecuentemente al deseo que allí se produce, que podríamos sostener es inconsciente, dando al traste con la idea de que el individuo “tiene” un fantasma para sostener y que, por el contrario, el individuo es presa de su fantasma.

Ser presa del fantasma equivale a estar a su merced, estar en donde él determina, lo que nos pone en un más allá de lo narcisístico- imaginario mismo y le da peso a la castración en la medida en que el deseo, entendido como función, contrarresta la función imaginario-narcisística. En este orden de ideas, que no son necesariamente el orden en el cual se suceden la castración y lo imaginario- narcisístico, lo que respecta a lo imaginario nos plantea la cuestión de la identificación como jugando en el corazón mismo del fantasma.

Debemos recordar que es Freud el que de manera radical plantea una novedosa forma de la identificación que dista de la proposición filosofante de la identidad.

Freud logra mostrar que la identificación no se da en términos de lo uno y lo mismo, uno igual a uno, como pensaba la modernidad filosofante, sino que ésta se dice en relación a un objeto que en principio es externo y posteriormente integrado en una de su múltiples facetas y nunca en su totalidad concreta. Sin embargo, este descubrimiento no hace una dialéctica entre el ser y el no ser, más bien entabla la diferencia entre el ser y el tener, que a la postre resulta siendo la que genera la dimensión narcisística e introduce al ser como motivo de su competencia.

Si el ser no se dialectiza con el no ser, si el problema del ser se liga con la identificación y ésta es imaginaria narcisístico, en su seno se produce la posibilidad del no tener, gracias a que se pueda decir que se es, que siempre se asegura el ser como venido de la misma operación del no tener en tanto eso ya está en el ser mismo. Es decir, no tengo pues ya lo he tenido y en algún grado es mío, me pertenece lo que no tengo.

Filosóficamente hablando, la identidad se dice modernamente $a=a$, mientras que psicoanalíticamente se convierte en yo igual objeto, dejando al individuo del lado de la ilusión de producir sus fantasmas en los cuales es su participación la garante de su cumplimiento y razón de ser. Empero, si hemos de ser coherentes con lo dicho hasta ahora, el individuo no es el dueño de su fantasma, a él no le es dado decir que tiene un fantasma sino que está en el fantasma de su ser-tener, está inscrito irremediabilmente en su lógica que piensa y dice gobernar.

Al no poder decir que gobierna su fantasma ni su lógica, el individuo se ha de enfrentar con aquello que es en su justa dimensión concreta, con “eso” que es lo que es en cada tiempo y espacio, lo que es en un ahora y aquí históricamente dado,

contrarrestando la posición supuesta en el individuo de su gobierno, restando a su creencia o increencia, falseando su unidad y con ello mostrando y comprobando la eficacia de la función castratoria.

Lo que es históricamente concreto ahí y ahora está presente freudianamente en la constitución del fantasma y, más allá de lo que se pueda decir o pensar, ese lo que es, es el nuestro, el de ayer como el de hoy y el de siempre, ese que pertenece a la lógica de la ciencia y aún a la misma filosofía.

La constitución del fantasma en Freud, imaginario-narcisístico, castración-deseo y lo que es en cuento que es, nos enfrenta con dos nuevos problemas.

El primero de ellos será esclarecer cómo funciona el fantasma en cada una de las estructuras y, si bien es cierto que estas comparten algo, cómo en cada una de ellas la singularidad está determinada según como funcione el fantasma; de modo contrario, de haber un fantasma en exclusivo para la histeria, la perversión o la paranoia, tendríamos que estructura y fantasma serían iguales; que la estructura es el fantasma produciéndose una soldadura que inmovilizaría, paralizaría, es decir, tendríamos la identidad al modo filosófico y psicológico que podríamos traducir como “yo soy mi fantasma”.

El segundo problema a tratar es de sí se puede saber o no del fantasma vía el síntoma, problema que se conecta con el primero y nos obliga a esclarecerlo de entrada.

En el texto sobre los *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, Freud nos habla de la existencia de unos fantasmas en la histeria, fantasmas que nos hablan de maltratos y crudezas en el orden de la sexualidad. Serán precisamente estos fantasmas los que llevan al maestro a descubrir la existencia de una mentira original a la base de la histeria y cuyo descubrimiento sólo se hace posible en el trabajo clínico.

Se sigue, la forma en la cual Freud nos muestra la existencia de esos fantasmas crueles y maltratantes en el orden de la sexualidad se cruzan con su texto *Pegan a un niño*, donde el maltrato es correlato fundante de la constitución del fantasma.

Lo destacable para nuestro interés es señalar que el fantasma histérico es inconsciente y como tal sólo abordable por las formaciones del inconsciente.

En esta misma línea de argumentación el propio Freud nos recuerda que los fantasmas histéricos se asemejan y concuerdan con los de la paranoia alucinatoria, pero se diferencian de los primeros en que estos se hacen proyecciones hostiles y en algunas ocasiones violentas. Sin embargo, se resalta que los fantasmas de la paranoia alucinatoria encuentran la misma procedencia que el de la histeria, con lo cual comienza a descartarse que haya uno en específico para alguna de las dos estructuras. Lo más que podría decirse es que funcionan de manera diferente y que dicha función está ligada a las formaciones sustitutivas en la aparición misma del fantasma.

Completando el cuadro, respecto a la primera pregunta, Freud nos recuerda que en la perversión es difícil, más no imposible, rastrear los contenidos de la histeria y la paranoia en sus teatros, en sus tergiversados teatros, como productos objetivos donde habrán de realizar sus acciones. De suyo, el fantasma en la perversión es manifiestamente consciente, aunque su constitución sea como en las demás estructuras, es decir, inconsciente.

Como se podrá entender, no existe para el maestro sino un solo fantasma operando y funcionando, provocando reacciones diferentes en cada una de las estructuras, al punto que resulta difícil aceptar la existencia de una multiplicidad de fantasmas tal cual se ha extendido a partir del seminario VIII de Lacan, en donde se ha querido leer la existencia de un fantasma histérico y de uno obsesivo; basta leer la lección 8 de ese seminario para darse cuenta que lo que allí se propone es una fantasmaticación, o sea, una función del fantasma y no una multiplicidad de ellos.

Una última consideración respecto a la primera pregunta. Se puede presentar el hecho que el fantasma no esté presente en la estructura funcionando, y más bien este se encuentre ubicado por fuera de la misma. Dicha ubicación produciría efectos contrarios a los que hemos presentado.

En el caso de la histeria, ésta tendría noticias de su fantasma de modo consciente; en la paranoia, lo hostil y violento se mantiene en el ámbito de lo no expresado; y en la perversión, no habría consciencia, ni del teatro ni del acto, en cuyo caso sus tratamientos cobran una dificultad adicional y un esfuerzo extra de parte del analista, de darse, naturalmente.

De no presentarse esta confusión fantasmática, lo que tenemos es una clara distinción de los efectos del fantasma en cada una de las estructuras, lo cual nos indica que la posición de este en la misma, el lugar y las relaciones que se establecen, dará efectos diferentes; no puede ser más claro que la episteme que persigue el maestro es una episteme de los efectos y no una de las causas en sentido filosófico, con lo cual queda señalado que no existe la posibilidad de esencialismos definitorios y muchos menos representación de una cosa en sí, por sí y para sí.

En el texto *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* es inquietante que se sostenga la existencia de un modo de satisfacción fantasmática, pues equivale a un modo compartido que habilita para pensar que existe por lo menos algo que se hace presente en toda estructura y permite la comunicación entre ellas.

Esta idea, que es un desafío en Freud, puede ser entendida y desarrollada en una doble dirección, a saber: a) en una línea ascendente de la función del fantasma histérico a la función del fantasma perverso, a pesar que en la primera función este se mantiene en el ámbito inconsciente y en el perverso se hace consciente siendo inconsciente, y en la paranoia alucinatoria se comparte con la perversa lo actuado, una forma incontrolable más allá de la premeditación. Y, b) como existiendo una acción retrógrada que garantiza de lo no controlable de lo psicótico a lo inconsciente de la acción y el teatro perverso, y conecta, cerrando el retorno con la histeria, vía la satisfacción fantasmática.

Respecto a nuestra segunda pregunta, la respuesta se amarra a este recorrido, toda vez que lo defiende, tanto en la base proto fantasmática como en la constitución del fantasma, estos son inconscientes con lo cual el síntoma es necesario para poder hacer con él.

Desde lo anterior no podemos compartir con Miller la división, la separación entre síntoma y fantasma que ha propuesto en su conferencia de 1982 en Buenos Aires y que lleva como título: *Dos Dimensiones Clínicas: síntoma y fantasma*.

Clínicamente se pretende separar estas dimensiones, para lo cual el señor Miller incurre en el error de considerar la existencia de fantasmas singulares a cada estructura y cae, aunque se pueda en el desarrollo de dicho seminario corregir, en el campo propio de la imaginarización.

De sostenerse esta proposición milleriana, tendríamos que aceptar que existe un fantasma que se mantendría en el orden de lo privado, de lo no sabido o confesado y jamás delatado, y un fantasma que se hace público y se ve a “cielo abierto”. Contrario a esto debe pensarse que el fantasma se hace público independientemente que se pretenda mantener en el ámbito de lo privado, con lo cual la noción de extimidad encuentra su verdadero lugar. Síntoma y fantasma entonces serán inseparables.

Finalmente, como hemos constatado, en Freud encontramos ya los elementos necesarios para que Jacques Lacan realice su propuesta sobre el fantasma permaneciendo en el orden del mismo Freud, en primera instancia, y desarrollando acorde con su lógica el matema.

2. El fantasma y sus elementos: una topología

Lacan lee a Freud, eso es innegable, y en la dirección en que lee puede, en última instancia, realizar propuestas novedosas e intrépidas, entre las cuales el matema del fantasma es de las más importantes.

Si ya en Freud encontramos lo imaginario-narcisístico, la castración y su deseo y lo que es en cuanto tal como constitutivos del fantasma, será Lacan el que nos llevará a la dimensión de entrelazados y de los registros: I, S, R. Para definir en ellos una relación que se dice desde los mismos, Lacan recurre a la topología combinatoria realizando una mostración estructural y las diferentes funciones que allí, en el fantasma, se producen.

Lacan insistió en que su descubrimiento y su aporte al psicoanálisis radica en lo que llamó objeto “a”, sin el cual el matema del fantasma no podría ser. Llamar a un objeto =x, objeto “a”, es nombrar para el psicoanálisis lo que en Freud se mantenía como indeterminado aunque su presencia sea incontrovertible.

Con ello Lacan propone un objeto que no se puede confundir con el resto de los objetos de la episteme tradicional y, sin embargo, mantiene imaginariamente dicha relación al enfrentar al objeto un sujeto, la dupla que sostiene el conocimiento en tanto el objeto es siempre por conocer y ocupa un lugar determinado exterior al sujeto, que a su vez ocupa otro lugar y se encuentra radicalmente fuera del campo del objeto, soportando la ilusión de que también el objeto “a” no está en la misma dimensión y lugar del sujeto.

De suyo, toda relación de objeto y aún objetal debe ser transmutada a una relación de “abjetalidad”, evitando así caer en el modo tradicional de conocimiento.

El objeto “a” está íntimamente implicado con el sujeto en el fantasma, empero no debe confundirse el “a” causa del deseo con los objetos a(s) que son los que están presentes a la hora de formular el matema. Uno y otros nos ponen ante cosas diferentes pero estrechamente conectadas.

Así, en la *Dirección de la Cura y su poder*, 1958, Lacan escribe: “pues esos objetos, parciales o no, pero sin duda significantes, el seno, el excremento, el falo, el sujeto los gana o pierde sin duda, es destruidos por ellos o los preserva, pero sobre todo, es esos objetos, según el lugar donde funcionan en el fantasma fundamental.” (Lacan, 1975, p. 594)

En este pasaje se dejan escuchar tres cosas de máxima importancia: la primera tiene que ver con los propios objetos de la pulsión, con los “a” que continúan siendo significantes; el significante, entonces, divide al sujeto pero hace también la naturaleza de los objetos, muestra de que Lacan aún no tiene la noción del objeto en el registro de lo real. Los “a” no están separados, excluidos de la cadena significativa como lo marcará posteriormente. La segunda se trata de la referencia a un fantasma fundamental que nos recuerda a los protos fantasmas de Freud y de lo cual no se encuentra mayor desarrollo en el texto, pero en más este tendrá que poner a funcionar en el sentido de la *lalengua* con ese ronroneo fonético. Por último, y quizás sea lo más enigmático, es decir que el sujeto es esos objetos, no importando si son parciales o no.

Que el sujeto sea sus objetos en el fantasma implica de manera directa el problema del ser. Problema que parece en algunos ambientes estar excluido del psicoanálisis y dejado a competencia de la filosofía; pero este resulta siendo central, como se puede deducir del hecho que allí en él lo que se juega es la identificación misma, identificación que se justifica por el hecho que Lacan al diferenciar el objeto de los objetos hace de este “a” algo que está perdido y excluido de la cadena significativa, la misma que lo ha parido, no dejándole más que esa identificación como rescoldo de su ser en falta, de ese objeto que lo causa en su deseo.

De modo que al no poder tener ese objeto que le marca significativamente como dividido, la identificación a los objetos fantasmáticos le recupera algo de su ser

imaginariamente, como siéndole propio, lo que deja la identificación al trazo por fuera de esta operación y nos pone en la lógica de los nudos, en aras de saber cómo se produce esta identificación.

Para captar en su plenitud a “ese algo más” de la identificación, a ese es sus objetos del sujeto, se necesitaran 15 años de trabajo de Lacan. En el Seminario 20, *El Aún*, en el acápite X denominado “Redondeles de cuerda”, encontramos las ideas básicas del 58, La Dirección de la cura y su poder, en lo referente al fantasma: “lo señale hace un rato, la bilobulación, la transformación por doblamiento del redondel de cuerda en dos orejas puede hacerse en forma estrictamente simétrica, es justo lo que ocurre en cuanto se llega a cuatro. Pues bien, de la misma manera, la reciprocidad entre sujeto y objeto es total.” (Lacan, 1973, p. 153)

Dicha reciprocidad que da la idea de un binario es en realidad un cuaternario, expresado en el texto en las cuatro hebras de hilo, primariamente doblado de oreja, gracias al corte, que amarra dos cuerdas produciendo un nudo borromeo.

Una tercera cuerda que doblada en forma de oreja amarra a otras dos cuerdas producen un nudo borromeo, y así, como se producen tres se producen cuatro; pero así como se producen potenciales cadenas al infinito también esta de tres se reduce a dos: “Qué resultado esperar, entonces, de la cadena original de tres eslabones, cuando se opera también con ella? Su reducción a dos eslabones, cuya ruptura resultará con seguridad de la sección de una cualquiera.” ¿Pero cuál va a ser su enrollamiento? “Será el de un redondel simple y de un ocho interior, aquél con que simbolizamos el sujeto – permitiendo entonces reconocer en el anillo simple, que por cierto se intervierte con el ocho, el signo del objeto “a”– o sea, de la causa por la cual el sujeto se identifica a su deseo.” (Lacan, 1973, p. 164)

La identificación y el es del sujeto al objeto que hemos sostenido no confundible con el trazo, siendo mucho más esencial que éste para la constitución del sujeto, se da gracias a una transformación borromea donde la lengua garantiza: “un ser llamado el ser que habla...”.

Si la transformación borromea nos entrega algo sustantivo y constituyente para el sujeto, no es menos fundamental, sustantivo y constituyente que el sujeto se identifique a su deseo. Eso, que nos dice Lacan, siendo articulado en la cadena no es articulable a la

misma, pues él es ex-sistiendo, como un más allá de la demanda y corporizado metafóricamente como se da.

Es la presencia del deseo articulado en la cadena por lo que podemos utilizar, y hace aparición el matema del fantasma que se lee como sujeto del deseo, convirtiéndose en el provocador de ese pequeño teatro.

A esta altura vale recordar que el deseo de un sujeto no puede decirse autónomo, autosuficiente, libre o autopercibido, sino que siempre está en relación al decir del Otro, siempre puesto en el devenir del deseo del Otro; sin embargo, debe recordarse la sentencia del propio Lacan en el *Seminario I* en lo referente al deseo, en donde se nos dice, siguiendo a Hegel, que “el deseo es deseo de reconocimiento”.

En este sentido, la presencia de los objetos “a” (s) como representantes del “a-sexual” es necesaria para el reconocimiento del deseo independientemente de cuál sea éste, posibilitando el trazo unario del ser hablante.

El deseo articulado en la cadena como metonimia de la falta en ser es negatividad, noción profundamente hegeliana, que nos lleva a pensar en el original vacío que se presentifica y que define al hablante, al estar ausente su definición desde el origen mismo. Los objetos “a” fantasmáticos cumplen con la función de habilitar el deslizamiento metafórico del deseo; es decir, el vacío es condición y lugar del deseo.

Lacan intuía, y luego sabía, que el fantasma es la vía para saber de lo más original, la posibilidad misma en donde se juega la realidad del psiquismo, del ser en falta, el deseo y su lugar. De suyo, el lugar que ocupa cada uno de los elementos en la dimensión fantasmática determinará su valor, esto es, cambiando la posición y la relación con los restantes elementos se determinan diferentes valores.

Ética, política y lógica están presentes en el matema del fantasma, matema que se compone del sujeto barrado y el “a” más un rombo, entre estos dos elementos que nos recuerda el modo clásico de conocer y su episteme, pero debido a ese rombo se indica que “eso no es”.

Lugar común es descomponer el rombo presente en el fantasma desde la proposición lacaniana en el Seminario XI al XIV, *La Lógica del Fantasma* (1966–67); descomposición que se ata a la lógica modal y a la matemática, generando su

descomposición en la conjunción, la disyunción y en los signos de mayor qué, menor qué, con lo cual el fantasma se lee: sujeto barrado y a, sujeto barrado o a, sujeto barrado mayor qué o sujeto barrado menor qué, posibilidades de lectura que al decirse de modo unidireccional se leen imaginariamente pues siempre está allí presente el resto de estas operaciones que cierran el rombo.

Escuchemos a Lacan en la siguiente cita, in extenso, del *Seminario XIV*, que servirá en adelante para nuestra apuesta:

Si el objeto “a”, necesita de lo “listo–para–suministrarlo”, el fantasma, él, implica lo “listo–para–llevarlo”. Lo que lleva el fantasma, es una superficie cerrada, en forma de burbuja no – esférica, en la cual la tela sin costura está tejida de tal suerte que se pasa de una u otra de sus caras sin apercibirse de ello. La superficie tiene hablando con propiedad dos nombres –deseo y realidad– dado que se puede querer distinguir ahí un derecho de un revés, pero de hecho deseo y realidad se juegan en el discurso del Otro a cara o cruz. La realidad del “listo–para–llevar” que hace el cuadro del fantasma, y que constituye toda la realidad humana, no es ninguna otra cosa que el montaje de lo simbólico y de lo imaginario; ella se distingue de lo real que nunca es más que entrevisto, cuando la máscara que es aquella del fantasma, vacila. (...). (Lacan, inédito)

Dos operaciones lógicas se escuchan en la cita, “lo listo para suministrarlo” hace referencia al objeto “a” que al estar listo para suministrar no está aún como tal presente en su real dimensión y, “lo listo para llevarlo” es la condición necesaria para la presentificación real de lo ausente, en este caso el matema del fantasma, con lo cual se realiza una relación condicional; es decir, si faltase “lo listo para llevarlo”, para transportar, lo ausente en su real dimensión, éste no podría dar lo que permanece listo a ser suministrado, su mostrarse, su cara terrible y monstruosa, factor determinante para el sujeto al cual ha de donarse.

El “a” como lo real para un sujeto es lo que se juega en la separación o corte que se produce a la hora del nacimiento, ese instante en el cual cae el objeto y salta el significante haciendo presencia eterna, repetición eterna de lo idéntico; así mismo, eso que resta y es perdido para el sujeto es lo que está siempre listo para ser llevado. Lo listo para llevarlo, el fantasma, posibilita el advenimiento en el lugar de la pérdida, a los objetos “a” (s) que sumados al sujeto dividido producen el fantasma como dabilidad en el tiempo, como suplencia de lo eternamente repetido y transfigurado o representado en la atemporalidad cronológica: la realidad.

Volviendo al matema, en este es definitivo el rombo porque es el encargado de interrumpir la identificación que, como hemos visto, tiene las características de una

transformación borromea de tres a dos, para desajustarla y constatar tanto la existencia de la falta como a la ficción como estructura de la realidad.

Ese rombo hace con su presencia el matema en sentido estricto y trayendo lo que le define que, en palabras de Lacan “es una superficie cerrada, en forma de burbuja no esférica...”. ¿Qué es una superficie cerrada en forma de burbuja no esférica?, antes de cualquier consideración debemos destacar que se trata de una superficie; superficie que no es moebiana, ni tórica, ni kleiniana, nos queda entonces el plano proyectivo.

Recordemos algunas características de esta superficie y su importancia para el psicoanálisis: no es orientable, luego no tiene doble inscripción. Al no tener esta doble inscripción, entonces deseo y realidad son equiparables a pesar que visto desde un punto central, rombo, parezcan dos cosas diferentes.

El plano a pesar que es bidimensional no puede ingresar, sumergirse, en un espacio tridimensional de nuestra representación, a menos que lo realicemos una inmixión, lo metamos a partir de realizar una torsión que produce una línea que auto atraviesa al mismo, línea que lógicamente no existe en el plano original. Esta operación nos habilita para hablar y pensar el *cross-cap*, central para captar la relación sujeto–objeto en dimensión dos.

Al ser una superficie cerrada tenemos entonces una esfera con una banda de moebius, sin agujero tórico, ni agujero de borde, con lo cual no hay desfiladeros, abismos, y el sujeto puede transitar por ella sin tener la incertidumbre de caer en ellos, efecto que hace que se esté perdido, embolado respecto a su castración, que no puede localizar de manera precisa, que no pueda colocar en el centro de lo imaginario el menos Phi.

Sin pretender agotar topológicamente todo lo que se realiza con y en el plano proyectivo retornemos a la proposición lacaniana, allí en el fragmento se nos dice que además de ser una superficie ésta es una burbuja no esférica. En este caso el recurso de Lacan es a la ley de Young y Laplace, quienes dedujeron de forma independiente en 1805 la fórmula de la diferencia de presión entre el interior y el exterior de una superficie esférica de radio R .

La diferencia entre las presiones hace que la burbuja se mantenga constantemente en tensión y no logre, a pesar de su equilibrio interno, ser una esfera, sino más bien una suerte de huevo.

Toda burbuja está compuesta por un par de láminas superficiales, infinitamente próximas, en forma de esferas y en las cuales las fuerzas se dicen contrarias, fuerzas de tensión, donde la realidad del sujeto encerrada en esta burbuja esta siempre en tensión con la presión de lo real.

La burbuja no esférica está ligada tanto con la superficie como con el marco mismo que crea. Marco y superficie son el rombo, que en tanto superficie nos ofrece el reto de entender qué es una tela sin costura pero tejida de suerte que permite el paso de un lado a otro sin percibir este movimiento, garantizando que deseo y realidad son uno; todo este movimiento está soportado en el marco del fantasma, que bien se hace en escribirlo entre paréntesis.

El marco entonces de la realidad humana se inscribe en el montaje que se da entre lo imaginario y lo simbólico, dejando a esa tela sin costura pero tejida del lado del lenguaje mismo y de su estructura.

Lacan nos recuerda que es el tema de la falta, el que hace que esta superficie se erija como tela del deseo y de la realidad, y que lo faltante allí, lo que no está en el origen mismo, es el sujeto. Si lo que no está allí es el sujeto, lógicamente nos dice que allí no está el *Dasein* sino simplemente el objeto "a", y el significante que nombra a dicho objeto causa al propio sujeto.

La burbuja no esférica, es marco y superficie que gracias a la travesía que se puede realizar por él podemos entrever algo de lo real cuando la mascarada del fantasma duda, se con-mueve, vacila, y vacilando dejando lo entre-visto en el entre-dicho su soporte, su real.

3. El fantasma en la clínica

Pensando desde y con la clínica al fantasma debemos reconocer que no es verdaderamente importante saber del fantasma en sí, sino que su verdadera importancia radica en el uso que hacemos de él. Es el uso, nos insisten tanto Freud como Lacan, lo

que allí se juega permitiendo ubicar lo real que se da en la operación de atravesamiento, toda vez que él, fantasma, vacile.

Desde un comienzo, desenmascarar al yo como aquel que se mantiene del lado del desconocimiento y de las identificaciones es aceptar que el yo es un infantilismo jugando a lo serio de su ser-tener, es decir, un alienado en su ser.

En la clínica se trata de poner en vacilación al fantasma, de hacer caer la máscara del yo, posibilitando su atravesamiento. Para ello hay que desmetaforizar la metáfora, buscando que el sujeto se enfrente repetidamente a su ser de falta y a la falta de su ser, produciendo la destitución yoica y la despersonalización. No podemos entonces entender que poner a vacilar el fantasma y atravesarlo sea una forma de que el yo se conozca mejor o que comprenda el por qué de lo que está viviendo; no se trata de aumentar el sentido en pro de seguir gozando del síntoma y acumular sentidos hasta llegar a un goce de ese sentido. Debe haber un momento en el cual se produce un sinsentido para que se efectúe el encuentro del individuo con esa nada, con esa substancia de agujero en la cual queda sumido al cerrarse a la repetición.

La devolución del propio mensaje de manera invertida, esa forma de: “esto no soy yo”, constata que en la clínica, en esa relación entre el analista y el analizante, existe una realidad moebiana que desmonta el transitivismo especular del analizante e incluye al analista con su semblante de “a” en el fantasma del mismo.

El analista debe suspender las certidumbres del “yo soy” por los interrogantes que hacen vacilar el teatro fantasmático del individuo, habilitando a la vez para la travesía. Sin embargo, dicha travesía no puede ser leída en términos de un pasar el rombo del lugar del sujeto al del objeto, pues esto no sería un atravesamiento en sentido estricto si recordamos que la superficie permite el paso sin apercepción de un lado a otro, sería más bien auto atravesamiento que nos pone, como sujetos, en el ámbito de lo real de la pulsión pero no logra explicar lo que se introduce en el seminario III sobre la extracción del objeto.

Proponemos, pues, dos cosas diferentes: la primera, el auto-atravesamiento del fantasma, donde la transformación del plano proyectivo a un *cross cap* nos da la suficiencia para explicarlo y nos deja con lo real de la pulsión y de nuevo con la transformación borrea identificatoria del sujeto con el objeto; y la segunda, que la

extracción del objeto y el pasar el fantasma a eso que se ha llamado atravesamiento del fantasma están en íntima conexión en presencia del que hace como “a”.

Pasar el fantasma equivale a un ir más allá, abrir el paréntesis un instante, permitir que el objeto con el cual se hace la identificación salga y pueda verse, también, en un instante el objeto causa del deseo, para ser recompuesto el paréntesis pero ahora con un saber provocado en el trueno del final de un análisis. Ampliación de la realidad gracias al analista, quien hace semblante de objeto “a”, que se pone en el acto de cerrar y cortar, que habilita y hace de aliento para tal evento.

En fin, como diría el filósofo: “el mundo de lo real está sustentado en el latido de un solo instante”.³

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Freud, S. (1973) Psicopatología de la vida cotidiana. En: *Obras Completas*. Tomo I. Madrid, España. Biblioteca Nueva.

----- (1973) Tres ensayos para una teoría sexual. En: *Obras Completas*. Tomo IV. Madrid, España. Biblioteca Nueva.

----- (1973) Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En: *Obras completas*. Tomo II. Madrid, España. Biblioteca Nueva.

Lacan, J. (1975). La dirección de la cura y los principios de su poder. En: *Escritos 2*. México. Siglo XXI.

----- (1981). *Seminario 20 Aún*. Barcelona, España. Paidós.

----- (1966-67) *Seminario XIV La Lógica del Fantasma*. Inédito.

³ Zubirí.